

movido en todo el día de su banco. El sol había transpuesto ya el cerco, comenzaba a hundirse, y ellos continuaban mirando los ladrillos, más inertes que nunca.

De pronto, algo se interpuso entre su mirada y el cerco. Su hermana, cansada de cinco horas paternas, quería observar por su cuenta. Detenida al pie del cerco, miraba pensativa la cresta. Quería trepar, eso no ofrecía duda. Al fin decidióse por una silla desfondada, pero faltaba aún. Recurrió entonces a un cajón de kerosene, y su instinto topográfico hízole colocar vertical el mueble, con lo cual triunfó.

Los cuatro idiotas, la mirada indiferente, vieron cómo su hermana lograba pacientemente dominar el equilibrio, y cómo en puntas de pie apoyaba la garganta sobre la cresta del cerco, entre sus manos tirantes. Vieronla mirar a todos lados, y buscar apoyo con el pie para alzarse más.

Pero la mirada de los idiotas se había animado; una misma luz insistente estaba fija en sus pupilas. No apartaban los ojos de su hermana, mientras creciente sensación de gula bestial iba cambiando cada línea de sus rostros. Lentamente avanzaron hacia el cerco. La pequeña, que habiendo logrado calzar el pie, iba ya a montar a horcajadas y a caerse del otro lado, seguramente, sintióse cogida de la pierna. Debajo de ella, los ocho ojos clavados en los suyos le dieron miedo.

—¡Soltáme! ¡dejáme!—gritó sacudiendo la pierna. Pero fué atraída.

—¡Mamá! ¡Ay, mamá! ¡Mamá, papá!—lloró imperiosamente. Trató aún de sujetarse del borde, pero sintióse arrancada y cayó.

—Mamá, ¡ay! Ma...—No pudo gritar más. Uno de ellos le apretó el cuello, apartando los bucles como si fueran plumas, y los otros la arrastraron de una sola pierna hasta la cocina, donde esa mañana se había desangrado a la gallina, bien sujeta, arrancándole la vida segundo por segundo.

Mazzini, en la casa de enfrente, creyó oír la voz de su hija.

—Me parece que te llama—le dijo a Berta.

Prestaron oído, inquietos, pero no oyeron más. Con todo, un momento después se despidieron, y mientras Berta iba a dejar su sombrero, Mazzini avanzó en el patio:

—¡Bertita!

Nadie respondió.

—¡Bertita!—alzó más la voz, ya alterado.

Y el silencio fué tan fúnebre para su corazón siempre aterrado; que la espalda se le heló de horrible presentimiento.

—¡Mi hija, mi hija!—corrió ya de-

sesperado hacia el fondo. Pero al pasar frente a la cocina vió en el piso un mar de sangre. Empujó violentamente la puerta entornada, y lanzó un grito de horror.

Berta, que ya se había lanzado corriendo a su vez al oír el angustioso llamado del padre, oyó el grito y respondió con otro. Pero al precipitarse

en la cocina, Mazzini, lívido como la muerte, se interpuso, conteniéndola: —¡No entres! ¡No entres!

Berta alcanzó a ver el piso inundado de sangre. Sólo pudo echar sus brazos sobre la cabeza y hundirse a lo largo de él con un ronco suspiro.

(Florilegio de Prosistas Uruguayos).

## DE PARIS A MADRID

POR PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

AL pasar de París a Madrid, la impresión que se recibe es la de haber pasado de mayor a menor actividad. Es inevitable. París, terminada la guerra, ha vuelto a su antiguo esplendor: aun allí donde faltan impulsos nuevos, se ha ensayado el retorno a la situación anterior a la catástrofe, a fin de que la repetición de los actos familiares,—suerte de respiración artificial,—vuelva a traer la vida.

Madrid, en cambio, que durante la guerra adquirió mayor animación que la habitual, y, con el espejismo de la «congestión urbana», hasta se dió el lujo de establecer el ferrocarril subterráneo, vuelve ahora al ritmo pausado que le caracterizaba. Pero no hay que engañarse: dentro de su «noble lentitud»,—noble lentitud castellana, saludable y llena de encantos para quien llega cansado por agitaciones frívolas o bárbaras—Madrid nunca suspende el trabajo. Le falta el cambio incesante, el perpetuo cinematógrafo que en Nueva York va enriqueciendo nuestro espíritu con multitud de nuevos hechos, y en París,—siempre superior,—con la renovación constante de las ideas, a las cuales se les descubren diariamente nuevos aspectos, posibilidades nuevas. En Madrid los hechos tienden a repetirse; las ideas no se modifican día por día, sino que imperceptiblemente, poco a poco. Sólo de tarde en tarde hay, en vez de evolución, salto brusco; y el plano nuevo, alcanzado así, puede subsistir desde luego como normal.

Si ponemos los ojos en uno de los campos que más fácilmente puede recorrer pronto el viajero,—el teatro,—pronto descubriremos que en Madrid probablemente se estrena igual número de dramas que en París, si no más. Pero la impresión de inactividad

que produce el teatro español es explicable: porque en París cada mes,—si no cada semana,—se ensayan innovaciones, ya en el espíritu del drama, ya en el procedimiento, ya en la técnica de la representación; mientras que en Madrid se repiten, con ligeras variaciones, unos cuantos tipos de obra dramática, y nadie concibe otra cosa que el más pueril realismo en la «presentación» y la interpretación. No exagero. En estos momentos, el teatro español está reducido a seis tipos: el drama o la comedia sentimental de las gentes de Madrid (Benavente, Linares Rivas, Martínez Sierra, Sassone); la comedia del campo o de la aldea, con escenario andaluz, de preferencia (los Quinteros); la tragedia de los obreros o los campesinos (López Pinillos y otros,—herencia de Juan José y de los catalanes—); las farsas, comunmente derivando hacia la *astracanada* (Muñoz Seca et al.); el teatro poético (Marquina, Grau, Villaespesa); y el teatro policiaco. Sólo Benavente aspira a renovarse: noble intento en que a veces fracasa, pero que merece todo respeto y todo aplauso. En medio de la rutina teatral que lo rodea, Benavente ha querido abrir horizontes al teatro español; ha querido ser,—él solo, al ver que nadie lo ayuda,—Ibsen y Maeterlinck, Cúrel y Porto Riche, Bernard Shaw y Lord Dunsany. Hace poco, en Pascuas y Año Nuevo, se propuso volver a la comedia de magia, para niños, y estrenó dos obras interesantes, aunque no sean de las mejores tuyas: *Y va de cuento*; *La cenicienta*.

Después de Francia, probablemente será España el país que mayor importancia alcance en la historia de las artes plásticas desde los comienzos del siglo XIX hasta los del XX,—el período que

**SOTILLO** Un nombre  
de garantía  
::: al pie de su trabajo fotográfico :::